

vivo que habla y que obra en nombre de todos los municipios de Francia. Mirad cómo estos municipios despertados a la vida política se reúnen, se juntan, se consultan, se instruyen para nombrar sus delegados, y cómo éstos después se reúnen en el lugar principal del departamento y explican luego sus deseos, que serán el día de la elección los mismos que han sido el día anterior; y qué saldrá después de las urnas? ¿Un senado? No, ciudadanos, ¡saldrá de las urnas el gran consejo de los municipios de Francia (1)!»

Inmediatamente después de haber votado la tercera de las leyes constitucionales mencionadas, la asamblea el 12 de julio aprobó una ley funesta sobre la libertad de la instrucción superior, que luego conoceremos por sus resultados, y a ella siguió el 2 de agosto la ley sobre el procedimiento que había de emplearse para la elección del senado. Después el 30 de noviembre se dictó otra ley para la elección de diputados, que debía efectuarse directamente y por distritos, eligiéndose uno por cada distrito en lugar de varios a la vez por cada departamento, como antes se usaba. La asamblea, después de haber elegido los setenta y cinco senadores vitalicios, entre los cuales figuraron nada menos que setenta nombres de la izquierda, se disolvió el 31 de noviembre de 1875, señalando para la elección de senadores el 30 de enero y el 20 de febrero para la de los diputados.

Con las elecciones de senadores del 30 de enero de 1876 empezó la vida de la república según las leyes de su nueva constitución. En los ochenta y siete departamentos de la república se formaron por primera vez los colegios electorales con la cooperación de todos los municipios de Francia, por el voto de treinta y seis mil delegados libremente elegidos para la formación de la cámara alta. De este grande acontecimiento dijo Gambetta el 6 de febrero en un discurso pronunciado en Lila: «Los municipios de Francia se han reunido y han ejercido por primera vez desde ochenta y siete años el poder público. ¿Qué digo? Es la primera vez desde siglos, porque la historia de la democracia francesa es la historia de la larga y tenaz lucha de los municipios para salir de la tutela y pedir su parte en la dirección del Estado. Esta lucha dura desde hace cinco siglos y se puede decir que el 30 de enero de 1876 es el día de su triunfo, porque ese día han ejercido los treinta y seis mil municipios de Francia el privilegio que les ha otorgado el legislador de ser el elemento preponderante y regulador en la construcción y organización de la república. Cuando considero este colosal resultado de la votación del 30 de enero; cuando observo cómo de las urnas surge en toda la superficie de nuestro país una innegable mayoría de republicanos que harán de la cámara alta no un instrumento de la reacción, no un elemento de guerra civil ni una constante amenaza de anarquía y de desórdenes, sino el sólido baluarte del orden y del progreso republicano, me siento animado de inmensa gratitud hacia esta gran democracia, lleno de confianza en el sano criterio y en la sabiduría de mi país; y conmovido como lo estareis todos, saludo al renacimiento de la Francia debido al municipio, instrumento el más humilde, pero también el más poderoso. Si todos los municipios han sido llamados, y cada delegado se ha trasladado desde el rincón de su aldea al lugar principal; y a pesar de la presión, a pesar de la intimidación, quizás a pesar de sobornos, a pesar de los alcaldes impuestos y de las mil astucias de un gobierno moribundo, la Francia ha manifestado su opinión y ha dictado en alta voz su voluntad que nadie debe desconocer y ante la cual todos, gobernantes y gobernados, han de inclinarse, y ha dicho: Esta primera cámara será la mejor ciudadela de la democracia republicana.

(1) *Discursos de Gambetta*, tomo IV, págs. 314 a 318.

Con gratitud y confianza podemos añadir, señores: la república está fundada.»

El triunfo obtenido en la elección de los diputados el 20 de febrero excedió las más atrevidas esperanzas de los republicanos. La primera elección les dió 300 asientos en la cámara contra 135; la segunda 56 contra 49, y al fin resultaron 360 republicanos contra 90 bonapartistas y 80 realistas. Mientras Gambetta fué elegido por cuatro distritos, es decir, en París, Lila, Marsella y Burdeos, Buffet, ministro del Interior, perdió las elecciones en todos aquellos en que se había presentado como candidato. Su derrota fué tan grande, que ni siquiera se atrevió a presentarse ante las nuevas cámaras, y en 23 de febrero se leyó en el periódico oficial su dimisión. Veamos ahora lo que significaba el fallo popular que se manifestó en el resultado de las nuevas elecciones. Según el discurso que Gambetta pronunció el 28 de febrero en Lyon, este fallo era la sublevación del espíritu francés contra el clericalismo romano, que reinaba en Francia hacía ya cinco años y que en el parlamento disuelto había tenido su centro principal. Bastaba recordar sucesos conocidos para convencer a cualquiera de que el parlamento nacido el 8 de febrero de 1871 solo estuvo acorde en su política clerical y de que más que a ningún partido se inclinaba al de los ultramontanos y jesuitas. Estos últimos habían emprendido una completa campaña para hacerse dueños de la vida pública e intelectual. El parlamento había comenzado la campaña con la petición de los obispos del mes de junio de 1871 (2), que sin ninguna consideración a la situación interior y exterior de la Francia ni a sus recursos pecuniarios y militares, habían pedido el restablecimiento del dominio terrenal del Papa, es decir, una guerra contra la Italia. El mismo parlamento había concluido por dictar una ley por la cual los jesuitas se apoderaron de la instrucción universitaria, de la misma manera que el clero se había apoderado ya de la instrucción popular desde mucho tiempo. Gambetta pintaba la situación producida por esta campaña en los siguientes términos: «Se ha formado una liga en el corazón de la Francia a semejanza de nuestras antiguas guerras religiosas del siglo XVI y hemos tenido que presenciar la fundación de asociaciones, romerías, misiones y milagros; hemos tenido que presenciar peregrinaciones dirigidas al Vaticano, y la creación de asociaciones de conversión mutua para obreros y otros jóvenes con el pretexto de la instrucción popular y superior. ¿Y qué se decía en estas asociaciones, congresos y sociedades? Allí solo se oía que se trataba simplemente de enterrar los principios de 1789. Pero nada de esto bastaba, y se quería más. La administración desplegó la mayor solicitud y el celo más decidido en favor del desenvolvimiento desmesurado de las corporaciones religiosas. Se olvidó que había una legislación existente que prescribía para la formación de asociaciones religiosas ciertas formalidades y garantías. Había obligación de cumplir con ciertas prescripciones, pero no se hizo caso de ellas, y jamás se ha visto un aumento tan extraordinario entre los hijos de Dios como desde 1870. Hasta se observó que aun no había bastante con los jesuitas franceses, y se abrieron las puertas del país para los extranjeros, por manera que parecía la Francia el refugio de todos los jesuitas de la cristiandad; y mientras la administración dispensaba a las órdenes religiosas esta protección excesiva e ilegal en un país de igualdad civil y democrática, permitiendo la extensión cada vez mayor de las órdenes religiosas, su constitución, su propaganda y la adquisición de propiedades, eran combatidos al mismo tiempo implacablemente los principios del orden civil en la sociedad, en el ayuntamiento, en la escuela, en la administración

(2) Schulthess: *Calendario histórico* del año 1871.

de justicia y hasta en el ejército. Sin embargo, no podían cultivarse estas tendencias sin llamar la atención del país y de toda la Europa, y cuando se vió que este sistema se iba desarrollando y penetraba más y más en la administración; cuando se observó que llegaba hasta a amenazar las raíces vitales de la revolución francesa y que extendía ya el brazo al código civil; cuando se habló de la sumisión del matrimonio civil al matrimonio eclesiástico; cuando se trató del restablecimiento de la mano muerta, de la inviolabilidad de las herencias, de la elevación de las diócesis a personalidades jurídicas (1); cuando se comprendió la intención de encerrar a la Francia moderna en una red sólida y que no le dejara más libertad que la de asfixiarse bajo una cubierta de plomo; cuando se vió que la campaña citada era conducida según un plan unido y minucioso, que nada dejaba escapar de sus garras de cuanto estaba a su alcance en la familia, en la escuela, en el ejército y en el parlamento, entonces se levantó la Francia, tuvo miedo al antiguo régimen, a la vuelta del espíritu teocrático que todo lo quiere y que siempre se mostrará insaciable. Por eso la población rural ha estado tan acorde con la de las ciudades, convencida de que ahora tiene solo una guarda, celosa y de confianza, la república, para sostener la igualdad civil, el orden civil, el matrimonio civil y la libertad civil como los fundó la revolución francesa.»

El afán fanático de los clericales había obligado hasta al labrador francés a no aborrecer ya la república como espectro rojo de la anarquía y de las guerras civiles. Desde aquel momento, según Gambetta, la gran misión de esta república fué deshacerse definitivamente de todas las tradiciones de 1793 y de 1848, que la habían hecho temible y odiosa en el interior y en el exterior.

Como primer principio que había de seguir la república, señaló Gambetta la necesidad de convencer sin cesar al mundo de que la democracia francesa «tenía la intención de ser una república verdaderamente francesa, es decir, una república para la Francia, una república de orden, de paz, de libertad, de concentración, y que había renunciado absolutamente a toda idea de proselitismo y cosmopolitismo, porque se había convencido de que los pueblos extranjeros eran también dueños en su casa propia, y la política extranjera era una república francesa imponía la obligación de respetar la constitución de otros pueblos cualquiera que fuese.»

Ya que Europa empezaba a comprender que esta democracia no era como antes revolucionaria ni en lo interior ni en lo exterior, se observaba un hecho nunca visto ni imaginado, por el cual merecerían los republicanos la gratitud de la posteridad: el hecho de que la república francesa era considerada, no solamente por los pueblos, sino también por los gobiernos extranjeros «como una garantía de paz y bienestar universal, una prenda de moralidad para la Francia como también de orden y de tranquilidad. De manera que por primera vez se comprendía en Europa que la república francesa, es decir, que el gobierno libre en su sentido lato podía existir y ser practicado por un gran pueblo sin excitar temor ni sospecha en los países vecinos y fronterizos.» A esto siguió la confesión pronunciada por Gambetta, que realmente forma época en la historia de la democracia de Francia: «Este concepto, que existe desde hace muy poco tiempo, ha de hacer su camino y ha de penetrar hasta en las capas más profundas de nuestro pueblo. Siempre nos ha perjudicado el fanatismo de nuestra propaganda, nuestro afán exagerado de hacer prosélitos. Trabajemos en adelante en

(1) El 1.º de junio de 1874 el gobierno, a propuesta del consejo de Estado, concedió a las diócesis la personalidad jurídica, y con ella el derecho de adquirir bienes eclesiásticos, concesión rechazada tenazmente desde 1840. *Calendario histórico* de 1874 (Schulthess), pág. 383.

nuestra casa y con nuestros conciudadanos. Curemos nuestras heridas propias y dejemos que el resto del mundo haga lo mismo en su casa sin brindarle con nuestra cooperación. Por lo demás, hace tiempo que ya no tenemos nada que comunicar a otros pueblos, sino antes bien podemos aprender de ellos. De la Inglaterra hemos de copiar la libertad de la prensa, el derecho de reunión, y de nuestros duros vencedores el servicio obligatorio efectivo y la obligación positiva y efectiva de la instrucción pública (2).» Este programa quiso Gambetta dar a toda la Francia republicana, reunir bajo sus banderas las cámaras, personificarlo en el gobierno y realizar con él las más amplias reformas. La primera unión de más de 300 republicanos del senado y de la cámara de diputados se efectuó el 7 de marzo de 1876 en el hotel de los *Estantques (Reservoirs)*, donde antes había celebrado sus sesiones la fracción de Broglie. Esta reunión pidió, a propuesta de Gambetta y de Brisson, un gabinete unido y decidido a administrar el país en sentido republicano correspondiente al espíritu de la constitución y a la voluntad nacional (3). Sin embargo, el ministerio que el mariscal tenía el 9 de marzo, bajo la presidencia de Dufaure, solo contaba con un ministro que entró con resolución y energía en el plan principal de Gambetta. Este ministro era Waddington, que desempeñaba la cartera de Instrucción pública, y que apenas nombrado, no dejó ninguna duda de su intención de arrebatar al influjo del clericalismo tanto las universidades como las escuelas de primera enseñanza.

El 23 de marzo presentó un proyecto de ley pidiendo una modificación de la ley de instrucción superior, y para el gobierno el derecho exclusivo de otorgar grados académicos. El 14 de junio desarrolló en la cámara un plan completo para dar a todos los municipios de Francia escuelas elementales con asistencia obligatoria (4); pero esta primera proposición fracasó ya en el senado, el cual rechazó el proyecto de ley por 144 votos contra 139, de suerte que Waddington comprendió que era inútil proponer a esta asamblea una ley de instrucción completa, siendo únicamente posible preparar la instrucción obligatoria por la vía administrativa: Para ello la cámara concedió 14 millones además del presupuesto anual; pero aun esta preparación quedó suspendida cuando la cámara negó los recursos para los nuevos capellanes de regimiento, con lo cual derrotó al ministerio. El sucesor de Dufaure fué en 13 de diciembre Julio Simon, ya conocido como republicano convencido, pero que no mostró el menor brío contra los clericales. Para excitarle explicó el republicano Leblond el 1.º de mayo de 1877 una interpelación «sobre las medidas que había tomado el gobierno y que pensara tomar para destruir las intrigas ultramontanas, cuyos nuevos trabajos inquietaban al país (5).» De estas intrigas presentó el orador en la sesión del 3 de mayo un interesante cuadro, y al día siguiente pronunció Gambetta sobre estas palabras: «El clericalismo es el verdadero enemigo.» En ambas ocasiones habló también el presidente del consejo de ministros, Julio Simon, en un tono que dió a conocer claramente que no haría ningún daño a los ultramontanos; pero tampoco prometió que los auxiliara contra los republicanos, y esto bastó para que el gobierno secreto en los consejos del mariscal le considerara como muerto. Justamente el mismo 3 de mayo se publicó en el periódico del obispo de Orleans, *La Defense*, un artículo diciendo que Julio Simon había sido excitado por el gobierno del mariscal a dar al clero y a los católicos to-

(2) *Discursos*, tomo V, págs. 174 y siguientes.

(3) *Discursos*, págs. 202 y 203.

(4) Schulthess: *Calendario histórico* de 1876, págs. 346 y 347.

(5) *Discursos*, tomo VI, págs. 286 y siguientes.

das las garantías apetecibles de protección y de seguridad contra los ataques de los republicanos y contra la guerra de pluma, que bien podía transformarse al día siguiente en una guerra civil. «Si el señor Simon, decía el periódico, retrocediese en el último momento y faltara en lo mas pequeño á la idea del gobierno que representa, se encontrarán los medios de obtener que se siga la política de protección religiosa y social que hasta ahora han faltado. — El gobierno lo conseguirá, quizás á pesar del señor Simon, pero lo conseguirá.» El ministro arrojó indignado el número del periódico, y cuando le fué leído el artículo el 4 de mayo en el parlamento, lo calificó de calumnioso para él y para el mariscal; pero desde entonces quedó también resuelta su caída. El 16 de mayo le escribió el mariscal una carta en la cual calificó su actitud en la sesión del día anterior en términos tan groseros que inmediatamente presentó su dimisión con sus compañeros. En la recepción de despedida le dijo el mariscal, elegido por los conservadores presidente de la república, que no podía ir mas allá en la senda de la república; que había llegado al extremo de sus concesiones y que no podía continuar con un ministerio que solo marchaba á remolque de Gambetta. «Soy hombre de la derecha y he de volver á unirme con los mismos que me han elevado al poder (1).»

Al día siguiente publicó el periódico oficial el nombramiento de un nuevo ministerio en el cual figuraron el duque de Broglie (Presidencia y Justicia) y Fourtou (Interior), que desde luego indicaron que el nuevo gobierno lo era de combate y lo confirmó en efecto con todas sus acciones y expresiones. El 18 de mayo leyeron los dos ministros citados en el senado y en la cámara de diputados un mensaje del presidente de la república en el cual se suspendían las sesiones de los dos cuerpos por un mes; y como de consiguiente no podía haber hasta entonces ningún debate en la cámara, se juntaron los dos grupos republicanos de la izquierda en el hotel de los *Reservoirs* y dirigieron á propuesta de Gambetta un manifiesto al país redactado por Spuller, amigo de Gambetta. El manifiesto concluía con estas palabras: «Queridos conciudadanos: Esta nueva prueba durará muy poco; dentro de cinco meses á lo mas tendrá la Francia la palabra y estamos seguros de que no nos dejará mal. Mas robusta que nunca saldrá la república de las urnas del sufragio universal; los partidos del pasado quedarán definitivamente vencidos y la Francia aguardará su porvenir con serenidad y confianza.» Este manifiesto iba firmado por 363 nombres, entre los cuales estaba el del ex-presidente Thiers, y jamás se ha cumplido una profecía tan brillantemente en la historia de este pueblo, historia que se burla de todos los cálculos.

La tendencia del nuevo ministerio quedó luego manifiesta por sus obras. El ministro del Interior empezó por destituir á todos los prefectos republicanos nombrados por los ministerios de Dufaure y Julio Simon y los reemplazó con sus predecesores, todos defensores probados del orden moral. Con esto se restableció todo el andamiaje de la administración imperial, que se había conservado también bajo el gobierno de Thiers y de Mac-Mahon, protegiendo la reacción política y eclesiástica tanto antes como despues de la formación de la constitución de la república, y que había perseguido á los republicanos con pasión.

Despues del transcurso del mes de aplazamiento se consiguió del senado atemorizado la autorización para disolver la cámara de diputados apenas elegida, y se promulgó esta disolución el 25 de junio. A ésta siguió una nueva lucha electoral, en la cual el gobierno nada respetó: los ministros, los prefectos, los jueces y alcaldes hicieron cruda guerra á los 363 ex-dipu-

(1) *Discursos de Gambetta* tomo VII, pág. 5.

tados y á todo lo que se relacionaba con ellos. La constitución, las leyes, las costumbres y el decoro fueron pisoteados; intervinieron en el ejercicio del derecho electoral corrupciones, promesas, amenazas, coacciones, regalos, credenciales y condecoraciones. El gobierno presentó sin ocultarse á sus candidatos y empleó en su favor toda la presión gubernativa que ejercieron desde el presidente de tribunal hasta el guarda rural y el escribiente temporero. Se hizo un comercio desvergonzado de empleos y favores de toda clase, ya para apoyar á un candidato, ya para hacer renunciar á otro. Para conseguir votos é influencias de familia se perdonaron contribuciones, se renunció á quejas y acusaciones, se condonaron multas y se hicieron desaparecer documentos y papeles de los archivos (2).

Los tres partidos monárquicos, que siguieron al orleanista Broglie y al bonapartista Fourtou en la lucha electoral, solo estaban ligados entre sí por su odio á la república, á causa de que ninguno de estos partidos tenía un hombre que pudiera pretender ponerse, en perjuicio de los otros dos, á la cabeza de la Francia. Esto hizo que los ministros no pudieran presentar ningún programa positivo, teniéndolo que suplir con cualquier nombre que no expresaba lo que querían. El nombre de Mac-Mahon fué proclamado en la circular del 4 de julio, y la persona del presidente fué arrojada á la lucha electoral como si se le debiese garantizar una dictadura vitalicia cuando su poder oficial estaba ya asegurado.

Así fué considerada la elección fijada para el 14 de octubre como un plebiscito, del cual dijo con razón Gambetta: «Cuando la Francia haya levantado su voz soberana, no habrá mas remedio que resignarse ó dimitir (3).» El partido republicano no dudó un momento de su triunfo completo, y la fe en el triunfo le comunicó la tranquilidad y la sonrisa fria con que esperó con toda paciencia el día de la votación. Mientras la minoría gobernante hacía los esfuerzos mas desesperados para suscitar movimientos que pudiesen dar pretexto á la intervención de la fuerza armada, los electores permanecieron fieles á su actitud, lo cual demostró que ya no había allí un partido opuesto á otro, sino una conspiración de varias fracciones contra la misma nación. El dominio de sí mismo que mostró Gambetta en esta lucha y que supo inspirar á toda la izquierda, dió á conocer cuánto había aprendido desde la guerra y los esfuerzos que había hecho para hacerse hombre de Estado y olvidar los procedimientos de hombre de partido. El 9 de octubre concluyó un gran discurso pronunciado en París con estas palabras: «Al día siguiente de las elecciones el partido vencido no será este ó aquel grupo enemigo de la república, sino el partido que capitanea á todos los demás, que los conduce y dirige y que es nuestro gran enemigo. Hemos dicho: el clericalismo es el enemigo. Al sufragio universal corresponde declarar cuando contemple su obra: el clericalismo es el vencido (4).»

Así sucedió en efecto. La elección principal del 14 de octubre de 1877 dió con las segundas elecciones á los republicanos una mayoría de cerca ciento cuarenta votos. Las elecciones para los consejeros generales y los de distrito del 14 de noviembre resultaron igualmente á favor de los republicanos; de modo que estos podían esperar también una ma-

(2) Dictamen de Luis Brisson sobre la información parlamentaria relativa á las elecciones del 14 y 28 de octubre de 1877. *Discursos de Gambetta*, tomo VII, págs. 399 á 435.

(3) «Será menester someterse ó renunciar,» discurso pronunciado en Lila el 15 de agosto, por el cual fué condenado por el tribunal correccional á tres meses de cárcel y una multa de 2,000 francos. *Discursos*, tomo VII, pág. 243.

(4) *Discursos*, tomo VII, pág. 303.

yoría en el senado en las elecciones de 1879. Los ministros del 17 de mayo perdieron, pues, la campaña electoral en toda la línea. A pesar de esto no se retiraron Broglie ni Fourtou, sino que se resistieron á los ataques furibundos que dirigieron contra ellos los republicanos el 13, 14 y 15 de noviembre en la cámara, y solo cuando el centro derecho del senado se declaró decididamente contra ellos, presentaron su dimisión el 16 de noviembre. Aun entonces esperaron ganar la batalla perdida en el parlamento por medio de un golpe de Estado armado, porque un golpe de Estado armado ni mas ni menos fué la orden secreta que el general Rochebouet recibió verbalmente cuando fué llamado el 23 de noviembre á Paris para ponerse á la cabeza de un ministerio de negocios como ministro de la Guerra y presidente del ministerio, que se componía todo él de nombres desconocidos. Tenemos los telegramas de los cuales resulta que Rochebouet estaba de acuerdo con el general Ducrot, que mandaba el cuerpo octavo en Bourges, y con su jefe de estado mayor, Miribel, con cuya obediencia se podía contar. También tenemos los despachos en los cuales se encargó á los comandantes generales de Marsella y de Lyon que adoptaran disposiciones militares muy particulares, y finalmente poseemos también telegramas que indican temores respecto de la actitud de las tropas. El 4 de diciembre el ministro de la Guerra se dirigió al comandante general de Tolosa (Toulouse) con esta pregunta: «Me dicen que no puede contarse con el regimiento núm. 9; ¿es esto verdad? ¿Hay que tomar alguna disposición?» El día 5 telegrafió el gobernador militar de Lyon: «Segun informes al parecer seguros, los rebeldes tienen noticia de las órdenes dadas á los jefes de cuerpo. Segun dicen las noticias recibidas, no ha sido guardado el secreto de las órdenes secretas comunicadas para el caso de estallar desórdenes.» En 6 de diciembre telegrafió á Ducrot: «Autorizo á usted para venir á Paris el domingo. En este momento se está formando un ministerio Dufaure.» Esto puso á Ducrot en gran cuidado; pero el 7 del mes le tranquilizó el ministro de la Guerra diciendo que las negociaciones habían fracasado porque el mariscal no había querido desprenderse de los ministros de la Guerra y de Negocios extranjeros. Entonces contestó Ducrot con gran regocijo: «Gracias. Bendito sea Dios, y felicito al mariscal Mac-Mahon.» Desde entonces continuaron las disposiciones militares sin interrupción hasta el 13 de diciembre. El día 9 el intendente del quinto cuerpo envió esta orden á los subintendentes de Blois, Auxerre, Melun, Fontainebleau y Sens, y á los subprefectos de Joigny, Provins, Montargis, Vendome y Romorantin: «Entregue usted inmediatamente á cada cuartel, á disposición de la infantería, caballería y artillería, víveres de campaña para dos días, incluso la carne de conserva, y para los caballos dos días de heno. Sírvasse usted dar aviso.» Esta orden fué también comunicada á otros cuerpos. El 10 de diciembre convinieron telegráficamente el ministro de la Guerra y Ducrot en celebrar una entrevista en Paris para el día 11, y el 12 telegrafió el ministro al comandante general de Lyon: «Organice usted la brigada Delaunay para la ejecución del plan número dos, como usted me propone en la carta que el comandante Gossard me ha entregado en su nombre.» Al comandante del cuerpo 10 en Rennes envió la orden: «Procure usted estar dispuesto lo mas tarde para el jueves. Las tropas llevarán todo lo necesario para acampar, pero no es posible darles carros.»

El 13 de diciembre, por consiguiente, estaba destinado á ser el día, ó cuando menos la víspera, de la ejecución del plan. Por la noche del 13, hácia las diez, se comunicó al comandante Laborde, en su guarnición de Limoges, la orden de disponer que todos los oficiales del regimiento 14 de lí-

nea se presentasen inmediatamente en el cuartel en traje de campaña y con su revólver. «Me apresuré á presentarme allí, refiere el mismo comandante en una exposición dirigida á la cámara de diputados; cuando llegué, estaban los soldados á punto de tomar sus fusiles; los caballos de los oficiales montados estaban ensillados en el patio, y los oficiales se hallaban reunidos en la sala de escuela. Entré en ella, y al entrar el comandante Tardif, en presencia del coronel Billot, leyó las instrucciones que se habían dictado para el caso de ocurrir desórdenes en Limoges; los puntos que debían ocupar las diferentes partes de la guarnición; la actitud que debían observar para impedir la formación de grupos ó dispersarlos; la orden de intervenir con la mayor energía y hacer fuego



El duque de Broglie (de una fotografía)

cuando se les mandara, sin consideración á las mujeres y niños, que probablemente serían colocados por los grupos en las primeras filas, etc. Al concluir la lectura, el teniente Lafferriere, ayudante de plaza, dijo al oído del coronel Billot algunas palabras y despues añadió á media voz que había que prepararse para marchar de un momento á otro. El coronel leyó una carta que tenía en la mano y dijo que en virtud de órdenes recibidas quedarían los oficiales reunidos en el cuartel para acudir á la primera señal á su puesto. Ninguno de nosotros pudo dudar ni ha dudado nunca de que se trataba de un golpe de Estado y que aquella misma noche se apelaría á las armas. La gravedad de los semblantes indicaba el cuidado de que todos estaban poseídos. Yo levanté la voz y dije: «Señor coronel, un golpe de Estado es un crimen: yo no me haré cómplice de él; soy hombre honrado y no tomaré parte en el papel que se me propone representar en este crimen.» El coronel contestó: «Nada tiene usted que discutir; su deber es obedecer en todo evento (1).»

Cuando esto sucedía en Limoges, se había decidido ya el asunto en Paris. El mariscal, á quien su ministro de la Guerra y sus satélites habían impulsado hasta el borde del abismo, rompió con una súbita resolución la red en la cual se había enmarañado y por mediación del duque de Audiffret-Pasquier se puso de acuerdo con Dufaure para la formación de un gabinete puramente republicano. Esta fué á la verdad una su-

(1) Relacion de Brisson; véase *Discursos de Gambetta*, tomo VII, págs. 424 y 430.